

El efecto Da Vinci

Ismael Bermúdez



Si acudimos a cualquier lista de los libros más vendidos, siempre tan «certeras», observaremos que los primeros puestos están copados por unos cuantos títulos que comparten una serie de características comunes. Encabezados por El código Da Vinci, de Dan Brown, seguido por El club Dante, de M. Perl, La sombra del viento, de Ruiz Zafón, La hermandad de la sábana santa, de Julia Navarro y El enigma de los cuatro, de Ian Cadwell y Dustin Thomason, estos libros se pueden englobar bajo el marbete de la novela de intriga.

Es cierto que este género no es nuevo, pues desde Poe, creador de la novela negra según se conoce hoy día, hasta Chandler, con su famoso detective Marlowe, pasando por Conan Doyle o Agatha Christie, muchas son las obras consideradas novelas de intriga.

Sin embargo, todo ha cambiado desde entonces. Estos autores, independientemente de su calidad artística, gozaban, y gozan, de mucha popularidad, debido a dos razones fundamentales: su capacidad para crear tramas amenas y

subyugadoras, en las que, además de incluir giros sorprendentes, describían una realidad cercana a los lectores, y su acierto al crear un personaje que se ha convertido en arquetipo. Así, Sherlock Holmes, Marlowe o Hércules Poirot, entre otros. Personajes que responden a unas características muy concretas, como la honestidad, la inteligencia o la habilidad para el combate, aunque no en todos los casos sea así, ya que su retrato final depende de las tendencias predominantes en las épocas que nacieron.

Hoy día, en cambio, los títulos citados al comienzo no sólo reflejan una correcta asimilación de las convenciones del género, sino que, como buenos ejemplos de la sociedad del fin del milenio, han querido plasmar las inquietudes actuales y añadirles los condimentos necesarios para convertirlos en productos de masas. Y estas inquietudes y estos condimentos son los que deberían hacernos pensar hacia dónde vamos y qué tipo de mundo estamos construyendo.

El código Da Vinci, por citar al más genuino representante del quinto y quizá el paradigma de este tipo de libros, ha sorprendido desprevenidos a la mayor parte de los agentes y editores, hasta el

punto de que en España ha sido publicado por un sello editorial pequeño, Umbriel, que ha necesitado doblar su plantilla de trabajadores para hacer frente a la demanda de los lectores. Acertadamente, y siguiendo la línea de promoción de EE UU, han creado un producto estrella en internet, el videojuego del libro (www.elcodigodavinci.com), lo lanzarán en formato de bolsillo en breve, y han prometido la publicación del primer libro, *Ángeles y demonios*, en el que aparece el investigador protagonista del *código*.

Hasta aquí todo correcto. Una estrategia de *marketing* como muchas otras hoy día, aprovechando un contenido altamente provocativo. Ante eso, la crítica ha tomado sus posiciones y quien se ha sentido aludido en el libro, como la Iglesia Católica o el Opus Dei, también. Lo preocupante del asunto, por tanto, no sólo es esa inercia hacia una mercantilización predominante de la cultura o esa desvirtuación de las explicaciones histórico-religiosas¹, que tocará

¹ *N. de la R.* Como ejemplo de «desvirtuación de las explicaciones históricas» está, ante todo, el lugar central que ocupa en toda la novela y en las «sesudas» reflexiones de sus personajes la leyenda del Santo Grial, que el autor presenta sin el menor rubor como algo totalmente histórico y que, además, habría tenido una

rebatir a los especialistas en la materia, sino cómo ha cambiado la función de estos *best-sellers* y la realidad que subyace bajo este nuevo comportamiento. Es decir,

gran importancia en la historia de la Iglesia católica.

Pero todavía destaca más la capacidad de inventiva histórica del autor en otro de los temas recurrentes de la novela: el antifeminismo como invento cristiano. Cualquier persona medianamente interesada por las culturas antiguas sabe que en todas ellas, incluidas las más refinadas (Grecia y Roma), la mujer ha vivido casi enteramente relegada a las funciones del hogar. Algo muy parecido puede decirse respecto a los pueblos primitivos de los cinco continentes, en épocas lejanas o cercanas a nosotros. Por el contrario silencia —o desconoce— la aportación cristiana en favor de la mujer.

El tema de los supuestos amores de Jesús y María Magdalena, que también explota el autor, había sido abundantemente difundido por películas de ficción en fechas aún no lejanas. Aquí *El código* ni siquiera puede apuntarse el tanto de la originalidad.

Donde más lisa y llanamente queda al descubierto el poco interés del autor por el rigor histórico o social es cuando nos habla una y otra vez del «monje» del *Opus Dei* y cuenta la absurda misión que sus superiores le habrían confiado. No da muestras de haber intentado documentarse lo más mínimo en la materia.

En cambio queda totalmente inexplorada y desaprovechada la figura de Leonardo da Vinci (cuyo nombre en el título de la novela ha sido, probablemente, uno de los factores de este éxito de librería). Lo único que nos dice de él es que pintó la famosa *Gioconda*, en torno a la cual se desarrollan los primeros capítulos.

las inquietudes que pretenden calmar² y los condimentos utilizados para ello.

Y es que estas obras, más allá del puro entretenimiento, razón más que justa para su libre consumo, pretenden convertirse en manual especializado en cuestiones que requieren arduas investigaciones y miles de páginas de disertaciones y discusiones de especialistas. El héroe de la novela de intriga clásica ha sido sustituido por una figura que sale del ámbito universitario, o que se mueve dentro de él, para otorgar a sus afirmaciones valor científico, cuando en realidad no lo tienen. La consecuencia es una inversión de las características tradicionales de los personajes y de la propia novela que, más allá de una evolución, como tan-

² N. de la R. En efecto, esta novela parece escrita para calmar inquietudes, concretamente para borrar la inquietud religiosa, y de una manera muy sencilla, por no decir simplista: mediante la tesis de que «la religión cristiana es todo cuento e intereses inconfesables». Resulta difícil alejar la sospecha de que aquí se encuentra la explicación principal del éxito de esta novela. Para quienes se imaginan que la religión no es más que un fardo muy pesado, *El código* actúa como un verdadero tranquilizante, como una droga que invita a huir de uno mismo: la inquietud religiosa no es más que un engaño y no merece la pena darle más vueltas; todo lo más, pasarse un rato tranquilo leyendo estas páginas.

tas otras, dentro de un género literario, supone la confirmación de la tendencia actual a ingerir y demandar una cultura ligera, en la que los conocimientos, mínimos y sin esfuerzo, se utilizan para deslumbrar en las conversaciones de café y no para crear una conciencia crítica ante un mundo banal y uniformador.

Cada vez hay un mayor número de lectores que acuden a estos libros, atraídos no sólo por una trama bien desarrollada³, sino porque en ellos van a aprender de Historia, Religión, Arte o Literatura, cuando en el fondo se trata de un pseudo-conocimiento con el que intentan satisfacer su curiosidad y tranquilizar su conciencia, alejándose del verdadero conocimiento que requiere tiempo y dedicación.

Todos tenemos algo que decir y cada uno deberá asumir su grado de responsabilidad, comenzando

por una educación responsable y seria, y continuando por reclamar a nuestros dirigentes una política cultural de calidad y no de oropel y grandes eventos. La sociedad de la (des) información requiere una vida acelerada y nada reflexiva, y la mercantilización predominante en todos los ámbitos demanda y ofrece una serie de productos de fácil deglución y generalistas (multiculturales). En cambio, el arte, la ciencia y la ideología, motores del espíritu humano, nos hablan de enriquecimiento intercultural y de valores universales. No es imprescindible ser un entendido en Historia del Arte o en Historia del Cine para emocionarse ante una imponente catedral o estremecerse ante una película de Hitchcock, pero si continuamos así, tampoco será imprescindible la necesidad de emplear el tiempo, el esfuerzo o la dedicación que precisan la realización de estas grandiosas expresiones artísticas. ■

³ *N. de la R.* En *El código Da Vinci*, la acción comienza brillantemente en el Museo del Louvre y se mantiene con interés hasta la mitad más o menos. En la segunda parte, las situaciones son cada vez más inverosímiles, la acción patina, y más de una vez el autor tiene que recurrir al «deus ex machina».